

Los que anhelando van tras el señuelo  
Del alto cargo y del honor ruidoso,  
La grey de aduladores parasita,  
Gustosos pueblen ese infecto caos;  
El campo es vuestra herencia: en él gozaos.  
¿Amáis la libertad? El campo habita:  
No allá donde el magnate  
Entre armados satélites se mueve,  
Y de la moda, universal señora,  
Va la razón al triunfal carro atada,  
Y á la fortuna la insensata plebe,  
Y el noble al aura popular adora.  
¿Ó la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,  
La solitaria calma  
En que, juez de sí misma, pasa el alma  
Á las acciones muestra,  
Es de la vida la mejor maestra!  
¿Buscáis durables goces,  
Felicidad, cuanta es al hombre dada  
Y á su terreno asiento, en que vecina  
Está la risa al llanto, y siempre ¡ah! siempre,  
Donde halaga la flor, punza la espina?  
Id á gozar la suerte campesina;  
La regalada paz, que ni rencores  
Al labrador, ni envidias acibaran;  
La cama que mullida le preparan  
El contento, el trabajo, el aire puro;  
Y el sabor de los fáciles manjares,  
Que dispendiosa gula no le aceda;  
Y el asilo seguro  
De sus patrios hogares  
Que á la salud y al regocijo hospeda.  
El aura respirad de la montaña,  
Que vuelve al cuerpo laso  
El perdido vigor, que á la enojosa  
Vejez retarda el paso,  
Y el rostro á la beldad tiñe de rosa.  
¿Es allí menos blanda por ventura  
De amor la llama, que templó el recato?

¿O menos aficiona la hermosura  
Que de extranjero ornato  
Y afeites impostores no se cura?  
¿Ó el corazón escucha indiferente  
El lenguaje inocente  
Que los afectos sin disfraz expresa  
Y á la intención ajusta la promesa?  
No del espejo al importuno ensayo  
La risa se compone, el paso, el gesto;  
No falta allí carmín al rostro honesto  
Que la modestia y la salud colora,  
Ni la mirada que lanzó al soslayo  
Tímido amor, la senda al alma ignora.  
¿Esperaréis que forme  
Más venturosos lazos himeneo,  
Do el interés barata,  
Tirano del deseo,  
Ajena mano y fe por nombre ó plata,  
Que do conforme gusto, edad conforme,  
Y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes  
Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas  
Heridas de la guerra: el fértil suelo,  
Áspero ahora y bravo,  
Al desacostumbrado yugo torne  
Del arte humana y le tribute esclavo.  
Del obstruído estanque y del molino  
Recuerden ya las aguas el camino:  
El intrincado bosque el hacha rompa,  
Consuma el fuego: abrid en luengas calles  
La obscuridad de su infructuosa pompa.  
Abrigo den los valles  
Á la sedienta caña;  
La manzana y la pera  
En la fresca montaña  
El cielo olviden de su madre España:  
Adorne la ladera  
El cafetal: ampare



A la tierna teobroma en la ribera.  
La sombra maternal de su bucare (1):  
Aquí el verjel, allá la huerta ría.....  
¿Es ciego error de ilusa fantasía?  
Ya dócil á tu voz, agricultura,  
Nodriz de las gentes, la caterva  
Servil armada va de corvas hoces;  
Mírola ya que invade la espesura  
De la floresta opaca; oigo las voces;  
Siento el rumor confuso, el hierro suena;  
Los golpes el lejano  
Eco redobla; gime el ceibo anciano,  
Que á numerosa tropa  
Largo tiempo fatiga:  
Batido de cien hachas se estremece,  
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.  
Huyó la fiera; deja el caro nido,  
Deja la prole implume  
El ave, y otro bosque no sabido  
De los humanos, va á buscar doliente.....  
¿Qué miro? Alto torrente  
De sonora llama  
Corre, y sobre las áridas ruinas  
De la postrada selva se derrama.  
El raudo incendio á gran distancia brama,  
Y el humo en negro remolino sube,  
Aglomerando nube sobre nube.  
Ya de lo que antes era  
Verdor hermoso y fresca lozanía,  
Sólo difuntos troncos,  
Sólo cenizas quedan, monumento  
De la dicha mortal, burla del viento.  
Mas al vulgo bravío  
De las tupidas plantas montaraces  
Sucede ya el fructífero plantío

(1) El cacao (*Theobroma cacao L.*) suele plantarse en Venezuela á la sombra de árboles corpulentos llamados bucares.

En muestra ufana de ordenadas haces.  
Ya ramo á ramo alcanza,  
Y á los rollizos tallos hurta el día:  
Ya la primera flor desvuelve el seno,  
Bello á la vista, alegre á la esperanza:  
Á la esperanza, que riendo enjuga  
Del fatigado agricultor la frente,  
Y allá á lo lejos el opimo fruto,  
Y la cosecha apañadora pinta,  
Que lleva de los campos el tributo,  
Colmado el cesto, y con la falda en cinta:  
Y bajo el peso de los largos bienes  
Con que al colono acude,  
Hace crujir los vastos almacenes.

¡ Buen Dios! no en vano sude,  
Mas á merced y á compasión te mueva  
La gente agricultora  
Del Ecuador, que del desmayo triste  
Con renovado aliento vuelve ahora,  
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,  
Tantos años de fiera  
Devastación y militar insulto,  
Aun más que tu clemencia antigua implora.  
Su rústica piedad, pero sincera,  
Halle á tus ojos gracia: no el risueño  
Porvenir que las penas le aligera,  
Cual de dorado sueño  
Visión falaz, desvanecido llore:  
Intempestiva lluvia no maltrate  
El delicado embrión: el diente impío  
Del insecto roedor no lo devore:  
Sañudo vendaval no lo arrebate,  
Ni agote al árbol el materno jugo  
La calorosa sed de largo estío.  
Y pues al fin te plugo,  
Árbitro de la suerte soberano,  
Que suelto el cuello de extranjero yugo  
Erguiese al cielo el hombre americano;



Benedicida de ti se arraigue y medre  
Su libertad; en el más hondo encierra  
De los abismos la malvada guerra,  
Y el miedo de la espada asoladora  
Al suspicaz cultivador no arredre  
Del arte bienhechora,  
Que las familias nutre y los Estados:  
La azorada inquietud deje las almas,  
Deje la triste herrumbre los arados.  
Asaz de nuestros padres malhadados  
Expiamos la bárbara conquista.  
¿Cuántas doquier la vista  
No asombran erizadas soledades,  
Do cultos campos fueron, do ciudades?  
De muertes, proscripciones,  
Suplicios, orfandades,  
¿Quién contará la pavorosa suma?  
Saciadas duermen ya de sangre ibera  
Las sombras de Atahualpa y Moteczuma.  
¡Ah! Desde el alto asiento  
En que escabel te son alados coros  
Que velan en pasmado acatamiento  
La faz ante la lumbre de tu frente  
(Si merece por dicha una mirada  
Tuya la sin ventura humana gente),  
El ángel nos envía,  
El ángel de la paz, que al crudo ibero  
Haga olvidar la antigua tiranía,  
Y acatar reverente el que á los hombres  
Sagrado diste, imprescriptible fuero:  
Que alargar le haga al injuriado hermano  
(¡Ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;  
Y si la innata mansedumbre duerme,  
La despierte en el pecho americano.  
El corazón lozano  
Que una feliz obscuridad desdeña,  
Que en el azar sangriento del combate  
Alborozado late,  
Y codicioso de poder ó fama,

Nobles peligros ama;  
Baldón estime sólo y vituperio  
El prez que de la patria no reciba,  
La libertad más dulce que el imperio,  
Y más hermosa que el laurel la oliva.  
Ciudadano el soldado,  
Deponga de la guerra la librea:  
El ramo de victoria  
Colgado al ara de la patria sea,  
Y sola adorne al mérito la gloria.  
De su triunfo entonces, patria mía,  
Verá la paz el suspirado día;  
La paz, á cuya vista el mundo llena  
Alma, serenidad y regocijo,  
Vuelve alentado el hombre á la faena,  
Alza el ancla la nave, á las amigas  
Auras encomendándose animosa,  
Enjámbrase el taller, hierve el cortijo,  
Y no basta la hoz á las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida  
Alzáis sobre el atónito Occidente  
De tempranos laureles la cabeza!  
Honrad al campo, honrad la simple vida  
Del labrador y su frugal llaneza.  
Así tendrán en vos perpetuamente  
La libertad morada,  
Y freno la ambición, y la ley templo.  
Las gentes á la senda  
De la inmortalidad, ardua y fragosa,  
Se animarán, citando vuestro ejemplo.  
Lo emulará celosa  
Vuestra posteridad, y nuevos nombres  
Añadiendo la fama  
Á los que ahora aclama,  
«Hijos son éstos, hijos  
(Pregonará á los hombres)  
De los que vencedores superaron  
De los Andes la cima:



De los que en Boyacá, los que en la arena  
De Maipo y en Junín, y en la campaña  
Gloriosa de Apurima,  
Postrar supieron al león de España.

LA LUZ.

(Traducción de un fragmento del poema de Delille, titulado: *Los Tres Reinos de la Naturaleza.*)

La ciudad por el campo dejé un día;  
Y recorriendo vagoroso el bello  
Distrito que á la vista se me ofrece,  
El prado cruzo, y la montaña trepo.  
Llevé por la espesura de la selva  
De mi libre vagar el rumbo incierto;  
Del arroyuelo el tortuoso giro,  
Seguí; pasé el torrente; oí el estruendo  
De la cascada; contemplé la tierra;  
Y osé curioso interrogar al cielo.  
El sol se puso, y envolvió la noche  
La creación; mas por su triple imperio,  
Discurre aun la mente vagarosa.  
Descendió de los astros el silencio,  
Derramando en mi ser sabrosa calma;  
Y de mil formas peregrinas veo  
El mágico prestigio todavía,  
Y aun no da tregua á la memoria el sueño.  
Parecióme mirar al Genio augusto  
De la Naturaleza, entre severo  
Y apacible el semblante, en luminosa  
Ropa velados los divinos miembros!  
De sus siete matices, Iris bella  
Bordóle el manto. Urania, el rubio pelo  
Le coronó de estrellas. Doce signos  
El cinto le divisan. Arma el fuego  
De Júpiter su diestra, y su mirada

Meteoros de luz esparce al viento.  
Bajo sus huellas, brota el campo rosas;  
Ábrense á su mandado mil veneros  
De cristalinas ondas. Las fragantes  
Alas Favonio agita; ó silba el Euro,  
Acaudillando procelosas nubes.  
Se inflama el aire, y ronco estalla el trueno,  
Puéblase el ancho suelo de vivientes,  
Y el hondo mar. En derredor, el tiempo  
Con mano infatigable alza, derriba,  
Cría, destruye. Sus despojos yertos  
La tumba reanima, y da la Parca  
Eterna juventud al universo.  
Cuanto le miro más, mayor parece.  
—¡Mirad!— me dice al fin.—Si hasta aquí tierno  
Las formas exteriores que este globo  
Muestra á tu vista, á tu pincel someto;  
Á empresa superior, la fantasía  
Levanta ya. Sus íntimos cimientos  
Cala, y de su escondida arquitectura  
Revela á los humanos los misterios;  
Los primitivos elementos canta,  
Su mutua lid, sus treguas y concierto;  
Mide con huella audaz la escala inmensa  
Que sube desde el polvo hasta el Eterno;  
Haz que en sus vetas el metal se cuaje;  
Desarrolla la flor; somete al carro  
Del hombre el bruto; eleva á Dios el hombre.  
Yo á tu pintura infundiré mi aliento;  
Y durará cuanto yo dure.—Dijo;  
Y á obedecerle voy; más lejos, lejos  
De mí, sistemas vanos, parto espurio  
De la razón, que demasiado tiempo  
Pusisteis en cadenas afrentosas,  
De sí mismo olvidado, el pensamiento.  
Sobre apoyos aéreos erigido,  
Obra de presuntuosa fantasía  
Que desprecia el examen, un sistema  
Hasta los cielos la cabeza empina;



Y de los hombres usurpando el culto,  
Reina siglos tal vez; mas no bien brilla  
La clara luz de un hecho inesperado,  
La hueca mole en humo se disipa.  
Los vórtices pasaron de Cartesio.  
Pasaron las esferas cristalinas  
De Ptolomeo; y con flamantes alas  
En torno al sol la grave tierra gira.  
De sus frágiles basas derrocados,  
Así también vendrán abajo un día  
Tantos sueños famosos como aquella  
Estatua del monarca de la Asiria,  
Que de oro, plata y bronce fabricada,  
Se sustentaba en flacos pies de arcilla;  
Y desprendida de una cumbre apenas  
El tosco barro hirió menuda guija,  
Se estremece el coloso, y desplomado  
Cubre en torno la tierra de ruínas.  
Sigamos, pues, de la experiencia sola  
El seguro fanal. Ella me dicta.  
Yo escribo. Á sus oráculos atento,  
Celebro ya la luz. Á la luz rinda  
Su homenaje primero el canto mío,  
Y la sutil esencia peregrina  
Que los cuerpos fomenta, alumbra, cala;  
Que el verde tallo de la planta anima;  
Su pureza vital conserva al aire;  
Llena el espacio inmenso en que caminan  
Los mundos; y en su rápida carrera,  
Á la mirada del Eterno imita,  
Á cuya voz rasgó su primer rayo  
El hondo seno de la noche antigua;  
Fuente de la beldad, pincel del mundo,  
De la naturaleza espejo y vida.

Á la celeste bóveda, mi vuelo  
Dirige tú, Delambre, que combinas  
Gusto y saber, y la elegancia amable  
Con el severo cálculo maridas.

Y, pues, Newton de su potente mano  
A la tuya pasó, no menos digna,  
Las riendas de los orbes luminosos,  
Tiende á tu admirador la diestra amiga.  
Subir me da sobre tu carro alado,  
Y la hueste de esferas infinitas  
Que en rauda curso surcan golfos de oro,  
Ó equilibradas penden de sí mismas,  
Veré contigo, y su diurna vuelta,  
Y su anuo giro, y de qué ley regidas,  
Ora se buscan con amantes ansias,  
Ora el consorcio apetecido esquivan.  
No te conduce allá la gloria sólo  
De interpretar ocultas maravillas,  
Ni en la región te engolfas de la duda  
En que sistemas con sistemas lidian;  
Mas del Gran Ser la soberana idea  
Y el parto eterno exploras que armoniza  
Ese de luz imperio portentoso,  
Donde al orden común todo conspira;  
Donde el cometa mismo, que, la roja  
Melena desgredando, pone grima,  
Guarda en su vasta fuga el señalado  
Rumbo, y el patrio hogar jamás olvida.  
Pura es allí de la verdad la fuente,  
Cuyo ideal modelo te cautiva;  
Mas ¡ah! que en esos rutilantes orbes  
Do el ángel de la luz con ojos mira  
De piedad este cieno que habitamos,  
Do te ofrece un abismo cada línea,  
Cada astro un punto, y cada punto un mundo,  
No es posible, Delambre, que te siga  
En pos de objetos, que á Virgilio mismo  
Dieron pavor: no vuelo ya. Campiñas,  
Y prados, y boscajes me enamoran.  
Ellos, como al Mantuano, me convidan.  
Á gozar voy su asilo venturoso;  
Y mientras tú con alas atrevidas  
Corres tu reino etéreo, y pides cuenta



De su prestado resplandor á Cintia,  
Ó del soberbio carro del Tonante  
Contemplas la lumbrosa comitiva,  
Te veré yo, desde mi fuente amada,  
En los astros dejar tu fama escrita;  
Y menos animoso, á cantar sólo  
La bella luz acordaré mi lira.

Á cada ser su colorida ropa  
Viste la luz. Si toda le penetra,  
Obscuro luto; si refleja toda,  
Pura le cubre y cándida librea.  
Rompe también á veces y divide  
Su trama de oro en separadas hebras;  
Y reflejada en parte, en parte al seno  
Osando descender de la materia,  
Visos le da y matices diferentes.  
Mas otras veces rápida atraviesa  
El interior tejido; y lo más duro,  
Variamente doblada, transparenta.  
Ora á la superficie en que resulte,  
Con ángulos iguales busca y deja;  
Ora á diverso medio transmitida,  
Según es denso, así los rayos quiebra.

Antes que de Newton el alto ingenio  
De la luz los prodigios descubriera,  
Mostróse siempre en haces concentrada.  
Él descogió la espléndida madeja,  
Y de la magia de su prisma armado,  
Del iris desplegó la cinta etérea.  
Mas, á las maravillas de tu prisma,  
Precedió, inglés profundo, la ampolluela  
De jabón, con que el niño, sin saberlo,  
Desenvolviendo los colores, juega.  
Lo que inocente pasatiempo al niño,  
Fué á ti lección: así Naturaleza  
Fía al atento estudio sus arcanos,  
O un acaso felice los revela.

De los siete colores la familia,  
Si toda se reune, el brillo engendra  
De la radiante luz; y si con varia  
Asociación sus varios tintes mezcla,  
Ya del metal el esplendor produce,  
Ya el oro de la mies que el viento ondea,  
Ya los matices que la flor adornan,  
Ya los celajes que la nube ostenta,  
Y de los campos el verdor alegre,  
Y el velo azul de la celeste esfera.  
Su púrpura el racimo, y su vistosa  
Cuna de nácar le debió la perla.  
Y, ¿quién los dones de la luz no sabe?  
Triste la planta y lánguida sin ella,  
Niega á la flor colores, niega al fruto  
Dulce sabor, y adonde alcanza á verla,  
Allá los ojos y los tiernos ramos  
Descolorida tiende y macilenta.  
¿Ves de enfermiza palidez cubrirse  
La endibia en la honda estancia prisionera?  
¿Ves en la zona do á torrentes de oro  
Derrama el sol su luz, cual hermosea  
Florida pompa el oloroso bosque?  
Empapadas allí de blanda esencia,  
Bate las aras céfiro lascivo;  
Dorada pluma el avecilla peina;  
Abril florece sin cultura eterno;  
Y toda es vida y júbilo la selva;  
Mientras del Norte la región sombría  
De funeral horror yace cubierta.  
Pero ¿qué digo? Allá en el Norte helado,  
Es do mejor sus maravillas muestra  
La bella luz. Brillantes meteoros  
El largo imperio de la noche alegran;  
Y la atezada obscuridad en llamas  
Rompe de celestial magnificencia,  
Con quien el alba misma no compite  
En el clima feliz que la despierta.  
Ora la lumbre boreal el aire